

EL CRIMEN DE FAN

SHIGA NAOYA

Traducción del japonés:

Alberto López Habib

UNAM

SUCEDIÓ PARA SORPRESA DE TODOS que durante una exhibición, el joven malabarista chino Fan cortó la carótida a su esposa con uno de sus grandes cuchillos. Ella murió en el acto.

En el lugar de los hechos se encontraban el director, su ayudante chino, el anunciador y unos 300 espectadores.

También estaba presente un policía, que permanecía sentado atrás, a un nivel más alto que el público. Pero a pesar de que el hecho se había producido en el centro de atención de tantas miradas, no era posible saber si se trataba de un accidente o de un acto deliberado.

En el espectáculo la mujer permanecía de pie contra una gruesa tabla del tamaño de una puerta, mientras le lanzaban gritando grandes cuchillos desde tres metros y medio de distancia. Se dibujaba así el contorno de su cuerpo, con un margen de apenas seis centímetros.

El juez le preguntó al director del teatro:

—¿Se trata en realidad de un número difícil?

—No, señor; para una persona experimentada no es tan difícil, pero para hacerlo es necesario tener un espíritu recio y una gran concentración.

—De ser así, lo ocurrido esta vez no puede ser un accidente. ¿No cree usted?

—Por supuesto, de no ser tan pequeño el margen de riesgo, no lo habría aceptado como espectáculo.

—¿Entonces piensa usted que lo ocurrido en esta ocasión fue deliberado?

—No, señor, y le voy a decir por qué: realizar ese acto desde una distancia de tres metros y medio requiere de habilidad y alguna intuición. No es algo infalible como el trabajo de una

máquina. Es verdad que nosotros habíamos pensado que nunca tendríamos un accidente, pero ante lo ocurrido tenemos que admitir que siempre pudo producirse.

—En conclusión, ¿piensa que se trata de un accidente o no?

—La verdad, no lo sé señor.

El juez estaba perplejo. Sin duda se trataba de un crimen, pero, ¿era accidental o premeditado? De haber sido premeditado, pensó el juez, era un crimen perfecto. No había ninguna prueba.

En seguida, el juez llamó a interrogatorio al asistente chino que había trabajado con Fan antes de que éste comenzara en el teatro.

—¿Cómo era su comportamiento habitual?

—El de un hombre recto; no jugaba, no bebía, ni era mujeriego. Además, el año pasado se había convertido al cristianismo, estudiaba inglés y cuando tenía tiempo libre leía sermones y otras cosas por el estilo.

—¿Y la conducta de su esposa?

—Ella también era una persona correcta, señor. Como usted sabe, los actores ambulantes no son siempre de buen proceder. Algunas veces huyen con la esposa de otro. La mujer de Fan era bella y dulce, y no faltó ocasión de que recibiera proposiciones de este tipo, pero jamás las escuchó.

—¿Y cómo era el carácter de ambos?

—Eran muy amables y tenían mucho control de sí mismos; jamás se enojaban con nadie. —Pero aquí el chino cortó sus palabras y después de pensar un momento continuó.— Me temo que lo que voy a decirle resulte en perjuicio de Fan, pero era muy extraño que mientras para la gente eran tan amables, suaves y serenos, las relaciones entre ellos dos fueran sorprendentemente crueles.

—¿Y por qué sucedería esto?

—No lo sé, señor.

—¿Eran así desde que los conoces?

—No, señor, hace dos años su esposa tuvo un bebé. El niño nació prematuramente y murió al tercer día. A partir de ese momento notamos que sus relaciones se fueron haciendo malas. A veces discutían por las cosas más triviales. En esas ocasiones Fan se ponía muy pálido y terminaba por guardar

silencio. Nunca le levantó la mano a su mujer, posiblemente porque eso iba en contra de sus principios, pero en su rostro no podía ocultar el enojo que sentía. A veces daba miedo mirarlo. En una ocasión yo le dije que no tenía por qué continuar con ella. Fan me contestó que su esposa podía tener razones para divorciarse, pero él no. No sé por qué motivo, él aguantaba. Ya no podía amar a su esposa, y ella al darse cuenta, fue dejando de amarlo, como era natural.

"Por eso leía la Biblia y los sermones: parecía estar buscando algo que calmara su corazón y el odio injustificado que sentía por ella.

"Por su parte, la esposa era también de inspirar compasión. Había pasado tres años con Fan de un lugar a otro como actriz ambulante. El hermano, que vivía en su pueblo natal, era un libertino que había vendido la casa paterna. De haber dejado a Fan para volver, no habría hombre que quisiera casarse con una mujer que durante cuatro años estuvo viajando de un lugar a otro. Pienso que no tenía más remedio que continuar con Fan, a pesar de las dificultades".

—En conclusión, ¿qué piensas de lo sucedido el otro día?

—¿Se refiere usted a si se trata de un accidente o de un acto intencional?

—Así es.

—La verdad es que, desde esa ocasión, he pensado muchas cosas, pero mientras más lo pienso, más me confundo.

—¿Por qué razón?

—No lo sé, señor, pero así es. Creo que a cualquiera le sucedería lo mismo. Le he preguntado al anunciador y él me dijo que tampoco entendía nada.

—¿Pensaste algo en el momento en que ocurrió el accidente?

—Sí, señor; pensé: "la mató".

—Ya veo.

—Pero el anunciador dice que él pensó: "falló".

—Tal vez pensó eso simplemente porque no conocía las relaciones entre los esposos. ¿No cree usted?

—Tal vez sea así, pero entonces podría decirse que yo pensé: "la mató" sólo porque conocía bien las relaciones entre los dos.

—¿Cuál fue la reacción de Fan en ese momento?

—Exclamó: "¡Ah!" Con eso yo me di cuenta de que había sucedido algo y vi que del cuello de la mujer brotaba sangre. Por un momento permaneció parada y luego se le doblaron las piernas. El cuerpo se mantuvo vertical mientras estaba atravesado por el cuchillo, pero al caer éste, se vino hacia adelante. En ese lapso nadie pudo hacer nada: todos mirábamos petrificados. Por eso me es imposible asegurar nada. No tuve oportunidad de mirar a Fan, pero pienso que en ese instante debe haber estado igual que nosotros. Después de eso me vino a la mente un pensamiento: "finalmente la mató". Fan estaba palidísimo y permanecía de pie con los ojos cerrados. Cuando bajaron el telón y levantaron a la mujer, ya estaba muerta. Fan mostraba una cara terrible y decía: "¿Por qué me habré equivocado?" Después permaneció de rodillas un largo rato, rezando en silencio.

—¿No se veía fuera de sí?

—Sí, señor, se veía un poco fuera de sí.

—Muy bien, lo llamaré otra vez si tengo algo más que preguntarle.

Después de despedir al ayudante chino, el juez hizo comparecer a Fan. Su aspecto era inteligente, aunque el rostro estaba pálido y tenso. El juez comprendió de inmediato que estaba agotado por los nervios y cuando Fan ocupó su lugar le dijo:

—Acabo de interrogar al director del teatro y a tu ayudante, de modo que te preguntaré sobre lo que ya conozco.

Fan asistió con la cabeza.

—¿Nunca has amado ni un poco a tu mujer?

—Desde que nos casamos hasta el día en que tuvo el niño, la amé con todo el corazón.

—¿Por qué acabó en discordia?

—Porque supe que el niño que había tenido no era mío.

—¿Sabes tú quién es el otro?

—Me lo imagino: el primo de mi esposa.

—¿Lo conoces?

—Fue un amigo íntimo. Él me sugirió que nos casáramos y hasta me apresuró a hacerlo.

—Es una relación que ella tuvo antes de casarse contigo, ¿no es cierto?

—Así es. El niño nació ocho meses después de que nos casáramos.

—Tu ayudante me dijo que fue un parto prematuro...

—Porque yo se lo dije.

—Además, me dicen que el niño murió inmediatamente.

—Sí, señor, murió.

—¿Por qué murió?

—Se ahogó con el pecho materno.

—¿Crees que tu esposa lo pudo haber hecho intencionalmente?

—Ella dijo que fue un accidente.

El juez calló un momento y miró a Fan a la cara. Éste continuaba con la cabeza levantada, pero bajó los ojos, a la espera de la siguiente pregunta. El juez continuó:

—¿Tu esposa te confesó alguna vez esas relaciones?

—No me confesó nada. Y tampoco intenté preguntarle. Podría pensarse que la muerte del niño lo borraba todo. Yo pensaba que hasta donde fuera posible tenía que ser generoso.

—¿Y finalmente no pudiste ser generoso?

—Así es; aún había algo que no podía ser borrado con la muerte del niño. Cuando no estábamos juntos sentía que podía ser un poco generoso. Pero cuando la tenía frente a mí, no podía reprimir el disgusto que me causaba su cuerpo.

—¿No pensaste en divorciarte?

—Muchas veces lo pensé, pero jamás se lo dije.

—¿Por qué?

—Por cobardía. Mi esposa decía que no podría vivir sin mí.

—¿Te amaba tu esposa?

—No, no me amaba.

—¿Entonces por qué decía eso?

—Un poco porque yo le era necesario para seguir viviendo. Su hermano había vendido la casa paterna y ella sabía que ningún hombre serio querría casarse con una mujer que había sido esposa de un actor ambulante. Además, tenía los pies demasiado pequeños e inútiles como para trabajar.

—¿Y cómo eran sus relaciones sexuales?

—Creo que no había diferencia con el resto de las parejas.

—¿Acaso tu esposa no te comprendía?

—No creo que me comprendiera. Debió haber sido muy

penoso para ella vivir conmigo. Sólo que su fuerza para soportar el sufrimiento era más grande de lo que un hombre pueda imaginar. Ella veía con mirada cruel cómo mi vida se iba destruyendo. Yo trataba de salvarme y sufría tratando de lograr una vida más auténtica. Ella no sólo se negaba a hacer el menor esfuerzo por darme una mano, sino que hasta me miraba fríamente.

—¿Por qué no actuaste con mayor decisión?

—Porque pensaba muchas cosas.

—¿Cuáles eran esas "cosas"?

—Pensaba que quería comportarme de manera irreproachable, pero ello no me conducía a nada.

—¿No pensaste alguna vez en matarla?

Fan no contestó. El juez repitió la pregunta, pero aun así, Fan no respondió inmediatamente. Después dijo:

—Antes de pensar en matarla deseé muchas veces que sería bueno que ella muriera.

—De no haber una ley estricta que lo impidiera, tal vez la habrías matado, ¿no es así?

—No es por miedo a la ley que no lo hacía. Simplemente era por cobardía, y aun así trataba con toda mi alma de lograr una vida verdadera.

—¿Y después pensaste en matar a tu esposa?

—Lo pensé, pero no lo decidí.

—¿Cuánto tiempo antes del accidente?

—La noche anterior. O tal vez esa misma mañana.

—¿Discutieron un poco antes?

—Sí, señor, discutimos.

—¿Por qué motivo?

—Es algo tan insignificante que no vale la pena mencionarlo.

—Vamos, dime cuál fue la razón.

—La comida. Cuando tengo el estómago vacío me vuelvo muy irritable. Mi esposa se tardaba en preparar la cena y eso me enfureció.

—¿Fue más violento que en otras ocasiones?

—No, pero a diferencia de otras veces el disgusto me duró más tiempo, posiblemente porque había estado pensando, casi sin poder soportarlo, que no llevaba una vida auténtica. Me

metí a la cama y no pude dormir. A causa de la excitación me vinieron a la mente muchas cosas. Pensaba que a pesar de mis esfuerzos nunca podría sacudirme eso que me molestaba tanto. Pensaba que el origen de los sinsabores estaba en la relación con mi esposa. No se vislumbraba ninguna luz en mi futuro, pero aún ardía como un fuego el deseo de escapar. Y aunque también ese fuego se iba extinguendo, yo trataba de recuperarlo. Lo que lo apagaba era mi relación con ella, y aunque nunca se extinguió totalmente, salía de él un humo desagradable que me estaba envenenando con sufrimientos y disgustos, y acabaría por matarme. Me estaba convirtiendo en un cadáver en vida. Era consciente de ello y aun así trataba de resistirme. Entonces surgía con insistencia un sucio pensamiento: "¿Por qué no se muere? ¿Por qué no acabo con ella de una vez? Lo que pase después de que la haya matado no viene al caso ahora. Es probable que me encierren en la cárcel. Pero, ¿acaso la vida en la cárcel no será mejor que ésta? Ahora es ahora. Y lo que suceda ahora que acabe como sea. Y si a esto sigue desventura tras desventura hasta que me muera, entonces ésa habrá sido mi vida verdadera". Olvidaba que mi esposa se encontraba a mi lado. Quedé exhausto, pero era un cansancio que no me dejaba dormir. Estaba aturdido. El pensamiento de matar a alguien se fue desvaneciendo y me sentí triste, como después de haber tenido una pesadilla. Aquel sentimiento violento había desaparecido lentamente en el transcurso de la noche y había acabado por entristecer a mi cobarde corazón. Por fin, llegó el alba y de pronto tuve la sensación de que mi esposa tampoco había dormido.

—¿Al levantarse los dos estaban como si nada hubiera pasado?

—No nos dijimos una sola palabra.

—¿Por qué no pensaste en huir de tu esposa?

—¿Quiere decir que así obtendría el mismo resultado que deseaba?

—En efecto.

—Para mí hay una gran diferencia.

Al decir esto, Fan miró al juez a la cara y guardó silencio. El juez movió la cabeza, como pidiéndole que continuara.

—Pero entre pensar estas cosas y realmente planear

matarla hay un gran trecho. Esa mañana me sentía un poco excitado. Es algo que venía del cansancio del cuerpo. Tenía los nervios desagradablemente tensos y me sentía muy impaciente, por lo que desde la mañana salí a dar un paseo. Me dejé llevar por mis pasos hacia lugares solitarios, mientras buscaba la cuadratura del círculo pensando una y otra vez qué debería hacer. Pero ya no apareció la idea de matarla como en la noche anterior. Tampoco me sentía preocupado por la función de ese día. Si hubiera pensado tan sólo que aquello podría ocurrir, tal vez no lo habría hecho, en realidad hubiera podido elegir otro para la función. Cuando me llegó el turno de salir a escena todavía no pensaba nada. Como de costumbre, mostré al público que los cuchillos estaban bien afilados. Con ellos corté papeles y los clavé en el escenario. Inmediatamente después, apareció mi esposa, con un grueso maquillaje y vestida con un traje chino muy llamativo. Su aspecto no difería en nada de otras ocasiones. Con una sonrisa amable saludó al público y tomó su lugar frente a la tabla. Saqué uno de los cuchillos y me coloqué frente a ella, a la distancia habitual. Nuestras miradas se encontraron por primera vez desde la noche anterior. En ese momento pensé en lo peligroso que era el número que había elegido. Era peligroso a menos que me tranquilizara. Por lo tanto, tenía que calmar, hasta donde fuera posible, mis nervios tensos y cansados, y la ansiedad que sentía. Pero el agotamiento que me roía hasta las entrañas no desaparecía. A partir de entonces pensé que ya no quería confiar en mi brazo. Intenté calmarme cerrando los ojos, pero al hacerlo sentí que todo mi cuerpo temblaba. Llegó el momento. Lancé el primer cuchillo por encima de la cabeza. La daga se clavó un poco más arriba de lo usual. En seguida mi esposa levantó los brazos a la altura de los hombros, y clavé dos cuchillos bajo las axilas. Los cuchillos parecían querer pegarse a mis dedos. Ya no sabía dónde los clavaba. Sólo pensaba: "¡Tengo que tranquilizarme, tengo que tranquilizarme!", pero cuanto más pensaba más torpe se volvía mi brazo. Clavé otro cuchillo al lado izquierdo del cuello, y cuando iba a lanzar el siguiente al lado derecho, mi esposa hizo un gesto de extrañeza y pareció paralizada por el terror. ¿Habrá sentido que ese cuchillo llegaría volando a clavarse en su cuello? No lo sé. Sólo sentí que esa expresión de

terror se reflejaba con la misma intensidad en mi corazón. Noté que me mareaba, pero con la misma fuerza a pesar de que todo se me oscurecía y sin ver el blanco, lancé el cuchillo que tenía en la mano.

El juez guardaba silencio.

—“Finalmente la maté”, pensé.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué lo hiciste intencionalmente?

—Así es. De pronto me pareció que lo había hecho intencionalmente.

—Me dicen que después te arrodillaste junto al cadáver y rezaste en silencio.

—Fue un recurso ladino que me nació en ese momento, porque sabía que todos piensan que soy un buen cristiano. Mientras fingía que rezaba, creía que dejaba ver claramente mi inocencia.

—Pensabas en todo momento que lo habías hecho deliberadamente, ¿verdad?

—Sí, e inmediatamente pensé que era posible fingir que había sido un accidente.

—Pero, en conclusión, ¿qué te llevaba a pensar que había sido intencional?

—Mi propia confusión.

—¿Pensabas que habías engañado hábilmente a la gente?

—Cuando lo pensé, me asusté. Hasta donde fue posible, mostré sorpresa, me desesperé un poco y hasta me fingí triste. Pero si hubiera habido una sola persona sensible y observadora, creo que se había dado cuenta de que mi conducta era deliberada. Más tarde, al recordar lo que había hecho, sudé frío. Pensé que, pasara lo que pasara, tenía que ser declarado inocente, en primer lugar porque en este crimen no había ninguna prueba objetiva y eso me daba confianza. Como todos conocían la discordia que existía entre los dos, pensé que se creería sin remedio que había sido intencional; pero era suficiente con que yo me convenciera de que había sido un accidente. La gente podía sospechar a causa de nuestras discordias, pero eso jamás sería una prueba, y sin pruebas suficientes yo tendría que ser declarado inocente. Mientras meditaba en lo que había pasado preparaba para mis adentros la declaración que iba a hacer y tenía que llegar a creer de una manera natural que todo había

sido un error. Pero entonces me vino a la mente la pregunta de por qué pensaba yo que había sido intencional. La noche anterior había querido matarla. Eso era todo. ¿Se podría creer realmente que era un asesinato premeditado? Poco a poco, yo mismo acabé por confundirme e inquietarme. Ya no pude estar tranquilo un momento. De pronto, me sentí feliz y me pareció que quería gritar muy fuerte.

—¿Quieres decir que finalmente lograste creer que había sido un accidente?

—No, ya no pensaba eso. Sólo que ya no sabía si había sido un accidente o no. Me alegró pensar que con eso podía ser inocente, y ser declarado inocente era todo lo que necesitaba.

"Para lograr ese objetivo, en vez de engañarme tratando de creer que había sido un accidente, pensé era mejor ser sincero conmigo mismo. Nunca diría que había sido un error, ni tampoco que había sido un acto deliberado, porque pienso que yo, en cualquier caso, ya no tengo nada que confesar".

Fan guardó silencio. El juez también permaneció callado un momento y después, como hablando para sí mismo, dijo:

—Todo suena verosímil, pero, ¿no te sientes un poco triste con la muerte de tu esposa?

—En absoluto. Por más que la haya odiado, jamás me imaginé que pudiera hablar de la muerte de mi esposa con tanta alegría.

—Es suficiente, puedes retirarte —dijo el juez. Fan bajó la cabeza y salió en silencio de la sala.

El juez, conmovido se decidió. Tomó inmediatamente la pluma y ahí mismo escribió: INOCENTE.